

**“EL MITO, LA POLITICA Y EL PUEBLO,
— La Trinidad inseparable en la Cultura Latinoamericana” — ***

Angela Botero de Estrada

Universidad de Caldas (Manizales — Colombia).

El mito tomado desde el aspecto psicológico es una respuesta humana a una situación, humana también, específica. El individuo mitificado busca una solución a sus preguntas y a las situaciones que no puede explicarse y ante las cuales se siente desconcertado y atemorizado. Cree encontrar un refugio para su temor y a la vez que una respuesta, en las explicaciones fantásticas que su imaginación o la de sus semejantes crea.

Esta actitud elemental perdura a través del tiempo y si es cierto que de ella logran escaparse algunos, éstos comprenden la utilidad de la sujeción de una gran masa creyente, para utilizarla astutamente en su provecho. Se fortalecen entonces los mitos de la masa, crean nuevas imágenes y mantienen la ignorancia con el límite apenas necesario para distraer la conciencia y aprovechar en nombre de las creencias de los oprimidos, las ventajas que éstos ofrecen con su pasividad.

El mito político se forma pues como una respuesta a la necesidad del hombre de ver en una conciencia ajena su propia identificación, de necesitar algo que respalde su inseguridad y lo separe de su realidad, así sea que esa separación sea dolorosa para él y que con el sometimiento esté entregando también muchos de sus derechos.

La situación vivencial del mitificado tiene una serie de características que hacen que tenga que desenvolverse en un ambiente Sociológico particular, con circunstancias adversas porque impiden su realización vocacional de “ser más”.

La opresión, ignorancia y marginamiento hacen de la masa en situaciones concretas de inferioridad frente a una minoría, seres mutilados, incompletos e impotentes en su posibilidad de desarrollarse.

Así el cacicazgo y la religiosidad tradicional y mal orientada impiden que la masa pueda salir de su estado, creando mitos de inferioridad ontológica, sosteniendo los dioses ya establecidos y para ellos nuevos mitos: inviolabilidad de los “señores”, poderío y santidad intocable.

(*) Ponencia elaborada para ser presentada al III Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana. Seminario (Cultura y Literatura), (Bogotá — Julio/1984.)

Para mantener la masa sometida es necesario, a la par que sostener los mitos, dedicar personajes a la única labor de planificar y realizar tareas tendientes a no permitir la concientización que acabaría con las prevendas que el ser "dios" brinda.

Sería muy discutible si se llamara a estas tareas, actividades políticas y políticos a sus ejecutores, ya que en el sentido estricto de la palabra y entendida en su más pura significación no podría entenderse como un engaño. Pero examinando la realidad actual y la aplicación que se le da a la política, habría que decir que ésta mitifica y que los políticos son los agentes que engañan a la masa que por siglos ha permanecido al margen del proceso histórico y que solo es activo en el momento de depositar su voto.

La demagogia es el arma utilizada en esta conquista, manchando la actividad que debiera ser dialógica y empapada de verdad, con la dominación. El demagogo no piensa en la posibilidad de adherencia sino de conquista porque ésta siempre será dominación y con ella podrá perpetuarse la opresión.

El politiquero tiene su mejor arma en el poder de comunicar inseguridad, inferioridad, dividir el yo de su oprimido para hacerle ver la magestad del poder que él tiene como salvador y solución de problemas. El miedo que el mitificado tiene ante la libertad que pudiera usar, le impide el razonamiento y le es más fácil creer en las palabras, promesas y verdades disfrazadas o a medias que los "doctores" les dirigen.

En los partidos políticos, los politiqueros o caciques tienen un respaldo bastante útil ya que las ideologías de los partidos pueden presentarse como propias y las figuras que en otros tiempos dieron lustre al partido vuelven a reencarnarse en los caudillos nuevos.

Con estas metas y pautas es fácil infiltrar el miedo a la libertad que aleja al hombre de las responsabilidades. Su propia desconfianza en sus capacidades hace que todo su ser se aliene en un ser místico que poco a poco tomaría su espíritu como propio, sustituyendo sus decisiones y anulando su criticidad.

El hombre mitificado al temer la libertad por las responsabilidades que ella implica frente al mundo, se obliga a dar una disculpa o una circunstancia en la cual descarga su obligación y las asociaciones políticas, como decía E. Cassirer, ofrecen una escapatoria al dilema, destruyendo la libertad pero ofreciendo un respaldo y eximiendo al hombre de la responsabilidad.

Este concepto comparado con el oficio de los magos antiguos, hacen recordar nuevamente la función social que tiene el mito. El caudillo toma, como el brujo su tarea de "homo divinus" poseyendo el privilegio y el derecho sobre el futuro, retrocediendo en la madurez que parece en

ocasiones que hubieramos logrado, hasta las antiguas eras. Si ahora no se usan los métodos de adivinación, se toman si nuevas técnicas más modernas a base de imaginación.

A la formación de los políticos, sobre todo de aquellos que se hacen más odiosos por su actuar, por estar más cerca y por estar personificados en las cabezas de líderes que engañan arrastrando y arrastran a base de engaño, ha contribuido en buena parte la interpretación tradicionalista, desviada y preintencionada de la historia llena de textos que han de servir como base de acontecimientos a niños y adultos alfabetizandos. La lectura de estos libros maquillados sepulta en el inconciente del oprimido una imagen mítica que eleva y diviniza personajes y actuaciones apartandolos de su cuerpo humano con debilidades y miserias.

Las cualidades del caudillo son especiales y para que su éxito en las labores en que se empeña, sea efectivo, necesitará conocer mucho la naturaleza humana, las reacciones del individuo frente a las fuerzas ejercidas de manera subyugante, convincente y demagógica, a las palabras que consuela, resuelven y prometen y aunque el agente pasivo del proceso de mitificación observe el engaño, después de un tiempo, se deja nuevamente arrastrar llevado por la efervescencia de la masa y su necesidad de apoyo, explicación y respaldo en el otro.

La magia antepasada con sus ritos, secretos y misterios, ya pasó a la historia, pero fue sustituida por el encanto personal, la persuasión y el engaño glamoroso de los caudillos.

Pero si se habla en forma tan desalentadora de los caudillos no debe caerse tampoco en la posición negativa de totalizar e incluir a todos los líderes dentro de estos para mentos. Sería insensato negar la existencia de verdaderos jefes, sinceros y desinteresados que dirigen el movimiento liberatorio a través de un proceso dialógico, no impositivo. Llega a encontrar así los caminos más adecuados y toma las decisiones mirando el bienestar del grupo; buscando la realización de cada uno de los "yo" ajenos, perfeccionamiento auténtico y autónomo, conseguido por propio esfuerzo sin pensar en que su labor puede rendirle intereses.

Se habla de la democracia como el sistema imperante en nuestro medio colombiano, solución perfecta para el problema humano de gobernar el pueblo. Cabe preguntarse hasta donde puede llamarse democracia la imposición de candidatos a los distintos poderes por parte de los círculos oligárquicos y castas políticas poseedoras de la autoridad a través de generaciones endiosadas por la masa y la historia.

Se mantiene el círculo en el cual el ignorante sin conciencia crítica respalda con su voto a sus "dioses" en una liturgia mítica vestida de disciplina partidista. Sigue ejerciendo la democracia un grupo minoritario

quien en base a la conquista y el dominio consigue los poderes y representaciones del pueblo.

El estado y el sistema democrático se convierten en un montaje que sostiene la maquinaria que por años ha funcionado heredada o negociada y en ello nada tiene que ver la voluntad popular.

Todo esto, expuesto en forma muy reducida, es una verdad para quienes con criticidad observan el paisaje desolador de la alienación del pueblo. Para quienes pertenecen a círculos de privilegiados, estas expresiones solo son ideas subversivas y por lo tanto atentatorias contra la estabilidad y el orden nacional.

La defensa es legítima, el Estado tiene todo el derecho de defender su estabilidad, pero la forma de hacerlo no debe desdibujar la verdad dándole un caríz de agresividad cuando la violencia se inicia en el opresor.